

La Espera

Ce Maldonado



Capítulo 1

Si algo tiene la medianoche es que casi siempre los sonidos se parecen, que cualquier ruido casi siempre puede ser cualquier cosa. O tal vez no, tal vez esta noche sí era un pájaro, o tal vez el viento golpeando los árboles vigorosamente. O tal vez ninguno, la locura, el terror, la espera.

A esta altura ya no sabe diferenciar entre un mosquito y un cosquilleo fortuito. Mucho menos entre un pájaro y el viento. Y qué más da, si en realidad no importa. Importa el tiempo y la alarma a la medianoche, el tiempo justo para encender la hornalla y fumarse un pucho mientras espera que caliente el agua (si alguna vez calienta) y después nada, preparar café, dos de azúcar y la espera, la misma espera de cada noche pasada la medianoche, siempre diez minutos entre encender la hornalla, fumarse un pucho y preparar café.

Apagar la luz, sostener la taza a dos manos, mirar su sombra bajo el umbral de la puerta, siempre hacia atrás o no sería capaz de verla. Los caprichos de la física y la estética.

Caminar despacio, sin apuro. Total entre la hornalla, el pucho, el café, sostener la taza a dos manos y mirar su sombra siempre hacia atrás bajo el umbral de la puerta, aún le quedaba tiempo de sobra para disfrutar de este momento. Saborear un primer sorbo de café que inevitablemente le quemaría la lengua. Ahogar el grito, rozar la lengua contra el paladar, como si acaso el rosa fuese un color más frío que el enrojecido ardor de la lengua que ahora cruje, suplicando por un instante de calma entre el húmedo tacto de su boca.

Entonces, le cruje todo, la lengua y el sabor del pucho que le llega desde los pulmones, colapsando a su vez con el crujido de la lengua. Y los dos crujidos juntos que se vuelven insoportables, y ahora *icraj!*, el piso también cruje (si despierta Laura, me muero, seguro viene y me mira con esa altivez tan característica y exacta de quien sospecha un pecado inconfesable entre crujidos intermitentes de dolor y gozo).

Ahora se para junto a la ventana. Por algo puso el despertador para la medianoche, como cada noche desde aquella noche que lo cambió todo. Por algo espera entre crujidos y el temor de despertar a Laura, las preguntas inaudibles de Laura, su rostro inexpresivo, los ojos penetrantes, acusadores de una vergüenza que no tenía nombre, que la dejaba indefensa y sin embargo la ventana, la misma ventana de cada noche minutos después de la medianoche, la misma ventana del pucho, porque sí, había que fumar otro y después otro, pero por ahora éste y no el que

sigue, el que sigue lo dejaremos para después.

Aquella noche hacía calor y los ruidos no se confundían tan fácilmente, tan de cualquier ruido, tan de cualquier cosa. Si la vida le había enseñado algo, era a no hacer caso de los ruidos y a abrir bien las ventanas, dejar entrar la brisa y tratar de no desesperarse hasta que el sueño le evitara seguir pensando en el calor que la había empujado fuera de la cama. Era eso o el terror, encender el aire acondicionado y a fin de mes tener que bancarse la boleta como una bofetada *iplaf!* Tomá. Por idiota.

Y sin embargo esta noche hace frío, y el vapor que exhala desde su boca empaña el vidrio de la ventana como en una película de *Cameron*. Le duele el piso como clavos y las medias a rayitas de colores se le congelan una tras otra, color tras color, el pasto, el cielo, la esperanza. Y siente cómo el frío le recorre el cuerpo desde el piso al infinito. Va como un espasmo de corriente eléctrica que empieza desde el dedo chiquito del pie derecho. Lo siente subir por la pantorrilla, atorarse en el borde de la media, luchar contra el elástico, pretender fatiga para finalmente en un gemido estruendoso soltar toda la furia que aún le quedaba y así, ya, se libera. Fluye entre sus piernas desnudas, le levanta la bombacha y juega con sus nalgas, como dedos que la rozan desde adentro y le susurran cuentos borgeanos antes de penetrarla hasta la médula, –mi amor— suspira. Y entonces el café se enfría.

Difícil tarea la de encender un pucho con un iceberg. Por momentos le llueven imágenes de tiempos que creía olvidados, como escenas sacadas de novelas que se ven sin ver y se sienten propias. Azucenas, las flores preferidas de mamá, las que más le gustaban y sin embargo nadie se atrevía a regalarle para su cumpleaños (y menos para navidad), pues al momento de la llegada, el abrazo y el regalo, le sucedería aquel gesto de desprecio de quien se sabe dueña de un jardín con flores más hermosas. Si tan sólo se hubiese atrevido a soltar su boca lo que su gesto ya gritaba. No, por eso nadie le regaló flores. Sólo mates, y algunas lágrimas y un beso.

Sobre la puerta de entrada al living se yergue un arco de mármol negro y en la parte superior, casi rozando el techo, el reloj tallado a mano que había comprado en una tienda de antigüedades de la calle Rivadavia. Lo mira sin fijarse en la hora, sólo lo mira. Igual que aquella vez cuando tuvo que comprarlo, porque sí, no porque se le hiciera tarde o necesitara comprar un reloj. Simplemente lo mira, así como lo compró y terminó colgándolo ahí, no sin antes pasearlo en el asiento trasero del *Beetle* como si fuese un turista a quien había que complacer con postales porteñas.

Entonces nota que la luna se escapa entre las nubes grisáceas, y su hasta ahora imperceptible silueta se transforma en una figura triste, expectante en la más decadente de las posiciones. Ahí, detrás de la

ventana, sosteniendo a dos manos una taza de café frío, sin conseguir encender el pucho que quedó pendiente, suspendido en la onda expansiva del iceberg soltado por *Cameron* en medio del piso, bajo sus medias a rayitas de colores congelados.

Soltar la taza y mirar el reloj, fijarse en la hora y temblar de miedo.

La primera noche hacía calor y al abrir la ventana, el ruido del agua cayendo. Primero sobre el pasto, después sobre la bestia que se la comería viva. Un instante de calma y ahí (sin tener que buscar siquiera la procedencia o la naturaleza del ruido) estaba él, tan hermoso. Desnudo entre los matorrales que apenas dejaban entrever su miel, pero no importaba. El chorro de la regadera empapaba su pelo y bajaba por su cuello, envolviendo esos hombros macizos, tallados a fuerza de no estudiar y tener que ganarse la vida en el campo. El agua inicialmente cristalina se tornaba turbia entre sus manos cubiertas de barro. Sacar la cabeza del chorro para tomar aire y sentir que su bombacha se empapaba, se derretía, y desde entonces, cada noche a partir de la medianoche, la espera. Pero nada, tres de la madrugada y nada.

El solo recuerdo de la fiebre la enciende y casi por inercia, sus dedos bordeándole la cintura, recorriéndola, acariciándola, como si fuesen otros y no los suyos. Los de la bestia furiosa, transpirados, cubiertos de barro. Un primer gemido y el pecho contra la ventana. La bombacha cada vez más piel, la piel cada vez más bombacha. El aliento pervertido de un fauno que la toma porque sí, porque es suya y tiene que serlo. Un gemido más y su aliento empañando la ventana por completo. Entonces un ruido, media vuelta y Laura (¡La puta madre, Laura!) sentada en el sofá, cubierta por su abrigo de piel negro, mirándola, lamiendo sus patas.

A la mañana siguiente los ruidos serían inconfundibles. Habría café (esta vez con leche) dos de azúcar y tostadas, mermelada de damasco y queso crema. Un primer rayo de sol entraría a través de la ventana, golpeando su rostro con suavidad pasmosa. El aroma apenas perceptible de una noche de suspenso y la noticia en los policiales del diario. "*Lo encontraron muerto en un andén de Retiro*". (Es tan violenta la ciudad, tan violenta que no sabés).

Ahora Laura baja del sofá y acaricia sus piernas. Ronroneo y el reloj. Es tiempo de dormir. Él no va a venir esta noche.